

Una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios.

El Zalamero esperaba; sus ojos manifestaban una curiosidad impaciente.

Roberto volvió á ocupar su sitio cerca del fuego, llenando los dos vasos hasta los bordes.



la casa de su padre, y se fue a su casa.

—¿Dónde? preguntó Blas, cuya mirada recorrió

ingenuamente toda la estancia.

—No te molestes en buscarlo, replicó el Americano.

El joven rico y su criado somos tú y yo.

—Ah! exclamó el Zalamero, cuya boca permaneció

entreabierta.

—No tenemos mas que un traje, prosiguió Roberto

calló por un momento.

—Escucha bien lo que digo, exclamó con tono frío

y saboreando el vino de Nantes á pequeños tragos.

Aquí hay un joven rico y de buena casa que viaja

con su criado.

—¿Dónde? preguntó Blas, cuya mirada recorrió

ingenuamente toda la estancia.

—No te molestes en buscarlo, replicó el Americano.

El joven rico y su criado somos tú y yo.

—Ah! exclamó el Zalamero, cuya boca permaneció

entreabierta.

—No tenemos mas que un traje, prosiguió Roberto

calló por un momento.

—Escucha bien lo que digo, exclamó con tono frío

y saboreando el vino de Nantes á pequeños tragos.

Aquí hay un joven rico y de buena casa que viaja

con su criado.

—¿Dónde? preguntó Blas, cuya mirada recorrió

ingenuamente toda la estancia.

—No te molestes en buscarlo, replicó el Americano.

El joven rico y su criado somos tú y yo.

—Ah! exclamó el Zalamero, cuya boca permaneció

entreabierta.

—No tenemos mas que un traje, prosiguió Roberto

calló por un momento.

—Escucha bien lo que digo, exclamó con tono frío

y saboreando el vino de Nantes á pequeños tragos.

Aquí hay un joven rico y de buena casa que viaja

con su criado.

II.

UNA BLUSA COMUN.

ROBERTO calló por un momento.

—Escucha bien lo que digo, exclamó con tono frío y saboreando el vino de Nantes á pequeños tragos. Aquí hay un joven rico y de buena casa que viaja con su criado.

—¿Dónde? preguntó Blas, cuya mirada recorrió ingenuamente toda la estancia.

—No te molestes en buscarlo, replicó el Americano. El joven rico y su criado somos tú y yo.

—Ah! exclamó el Zalamero, cuya boca permaneció entreabierta.

—No tenemos mas que un traje, prosiguió Rober-

to en forma de esplicacion, y si se quiere hacer algo, es preciso presentarse.

—Es cierto, dijo el Zalamero, que entreveía vagamente la idea de su camarada; pero es el caso que eso puede durar mucho tiempo, y comenzada una vez la comedia, no podremos cambiar de papel como antiguamente.

Blas hacia alusion á las reglas fraternales y equitativas que regian en la asociacion. Habian dejado los dos á Paris, donde su industria sufría tal vez en aquellos momentos una de esas crisis que lanzan periódicamente sobre las provincias una nube de buenos muchachos de su especie. Habíanles hablado de Bretaña, ese paraíso de la buena fe antigua donde no tenía entrada la desconfianza. Habian llegado allí con la imaginacion llena de ideas de conquista, como Pizarro ó Cortés la víspera de vencer á Moctezuma ó á los Incas. Pero el camino de Paris á Redon es largo y habian hecho mas de una parada en el viaje. Todo lo habian reducido á metálico. Despues que se hubo vendido el último vestido para subvenir á los gastos de viaje, se repartian lealmente los dos compañeros los beneficios de la blusa. Cada uno llevaba un dia las botas casi nuevas, el sombrero negro y el resto del traje elegante. Despues le tocaba llevar la blusa, los zapatos claveteados y la gorra.

Roberto dejó el vaso vacío en la mesa.

—Se trata de una fortuna, dijo sin levantar la voz, pero con énfasis.... ya hace algunos meses

que estoy madurando este proyecto.... Mucho me gusta arreglarlo todo, y si no estuviéramos al borde del precipicio quizá esperara con gusto.

—En cuanto á eso, interrumpió Blas, mas me gusta á mí hacer las cosas en dos tiempos; pero ahora falta saber cuál será el amo y cuál el criado.

El Americano deslizó la mano en el bolsillo de la blusa y sacó una baraja cuyo color anunciaba su mucho uso.

—Podemos jugarlo, dijo.

El Zalamero miraba con cierta desconfianza los dedos de su compañero, que ponía la mayor agilidad en barajar.

—¡Hum!.... dijo moviendo la cabeza.... el caso es que tú juegas de una manera, Roberto....

Este cesó de barajar.

—Hay otro medio, murmuró; partamos y separémonos.

Blas frunció el entrecejo sin responder.

—Pero ante todo resolvamos pronto lo que hemos de hacer, replicó el Americano con tono decidido. Tú podrás serme sin duda muy útil; pero á decir verdad, no sé aún para qué.... ¡A un lado la sorpresa! Si no te agrada el negocio te devuelvo tu palabra.

—Muchas gracias, murmuró Blas; prefiero jugar.

—¡Reflexiónalo bien! No se trata de un dia ni de una semana; puede durar mucho tiempo, como

has dicho, y una vez comenzada la comedia repito que ay del que retroceda!

—Pero, objetó el Zalamero, ¿el que pierda no será criado mas que para los estraños?

—¡Justamentel Cuando estemos solos seremos tan buenos amigos como siempre; pero en todo lo que tiene relacion con el negocio será preciso que el amo pueda mandar al criado y que éste obedezca.

—Diablol dijo Blas rascándose la oreja.

—En cuanto á la conducta que se debe observar delante de los estraños, no tengo que decir nada.

—Sin duda.

—Mientras dure el negocio, desde el primero al último dia respeto y obediencia.

—¿Pero, dijo Blas, definitivamente, cuánto tiempo podrá durar?

—¡No lo sé!

—¿Un mes?

Los hombros del Americano hicieron un movimiento significativo.

—¿Seis meses? replicó Blas: ¡imposible!

—Seis meses... uno, dos años, contestó Roberto: no se puede fijar tiempo.

—¡Ah! exclamó Blas, fijando en él sus grandes ojos azules; ¿estás seguro de ganar la partida?

Una sonrisa imperceptible agitó los labios del Americano, que detuvo la respuesta durante dos ó tres segundos.

—Así lo espero, dijo al fin con tono de persuasi.

va franqueza. ¿Por qué lo he de ocultar? Aun cuando debiera perder diez, veces no dudaria en emplearla. ¿Qué son un año ó dos de trabajo y de penas? Además, ¿el amo no sufrirá muchos mas perjuicios que el criado? Mira; veo que no estoy en mi centro en esta vida aventurera; tengo gustos tranquilos y pacíficos; miro el objeto antes de medir las pruebas. ¡Qué diablos! Chiquillo, es preciso tener alguna filosofíal Cuando se tiene la perspectiva de morir de hambre si no un dia otro, no se reflexiona como un millonario. Nada tengo y me pregunto qué seria lo que yo no hiciera por poseer algo.

El Zalamero hizo un movimiento de aprobacion.

—No soy un ladron, prosiguió Roberto, que se animaba conforme iba hablando. Tengo la ambicion de ser un hombre de talento y de recurso; eso es todo. Con eso y con valor se encuentra siempre algun agujerillo por donde meterse: se busca por mucho tiempo; los necios te acusarán de ser visionario; pero luego llega la ocasion y navegas viento en popa.

—Eso puede tener un lado bueno, dijo Blas.

—¡Qué importa un año ó dos! prosiguió el Americano. Ambos somos jóvenes, y en cuanto á mí, cuando háyamos conseguido el objeto no tendrá ni aun la edad de ser elector.

—¡Elector! replicó Blas.

—Sí, tambien pienso un poco en política; pero esa es otra cuestion; ¿estamos?

—Dame las cartas, contestó el Zalamero, no sin un resto de repugnancia, y pon cuidado, porque no juegas con ningún novato.

El Americano le tiró la baraja con cierto aire de indiferencia.

—Da tú mismo si tienes miedo, dijo.

Y mientras Blas barajaba, añadió:

—¿Estás enterado, eh? Ya sabemos lo que jugamos.

—No del todo, contestó Blas; muy perdido debe estar uno para jugar así uno ó dos años de vida sin estar seguro.

—Dos años ó mas, rectificó Roberto; quiero que comprendas bien nuestra partida.

—¿A qué jugamos? preguntó el Zalamero.

—A lo que quieras.

—¿Sabes todos los juegos?

—Puedes inventar uno.

Blas reflexionó un instante.

—Pues bien, replicó; voy á dar siete cartas, y el que haga menos bazas pierde.

—Convenido.

El Americano cortó con tal cuidado, que parecia que no tocaba las cartas.

Blas dió.

Las catorce cartas fueron cayendo en la mesa una tras otra. Roberto tenía cuatro bazas y el Zalamero tres.

—¡Has hecho trampa! esclamó este último dando un puñetazo.

Roberto rechazó los naipes.

—He jugado lealmente, respondió, y voy á decirte por qué. Me era indiferente perder ó ganar, porque en nuestro negocio el papel de amo será el mas difícil. A los tres dias me hubieras suplicado que hubiésemos cambiado de papel. Vamos, hijo mio, desnúdate.

Blas no se daba prisa alguna por hacerlo.

—Tengo frio, dijo Roberto, desnudado ya, y seria una necedad indisponernos siendo buenos amigos.

El Zalamero era de una fuerza muscular evidentemente superior. Sin embargo, esta amenaza le causó algun efecto, porque comenzó á despojarse lentamente de su fashionable traje.

Roberto se puso las botas con el mayor placer.

—Y vaya: bien que te vas á ver, decia activando su operacion; estarás bien alojado, bien comido, bien vestido; te irá á las manos la fortuna durmiendo, porque eso sí, partiremos como buenos hermanos.

¿—Y si todo se vuelve agua de borrajas? suspiró Blas.

Roberto se ponía la levita.

—Escucha, dijo dirigiendo á hurtadillas una mirada al espejo que estaba colgado sobre la chimenea; esto no comienza mal, y tengo tanta confianza que casi prometo servirte á mi vez si no estás contento despues que consigamos nuestro objeto.

- Promételo, dijo Blas.
 —Lo prometo.
 —El mismo tiempo que yo te haya servido.
 —El mismo.

—Os prevengo, caballero Roberto, que no lo olvidaré nunca! ¡Ahora esplicamelo todo detenidamente, y mas bien dos veces que una, porque maldito si adivino el desenlace de la farsa!

El cambio de trajes se habia terminado, y en honor de la verdad estaban las prendas mejor acomodadas que antes. Cada uno de los dos compañeros ocupaba su puesto; el Americano tenia la apariencia de un caballero en toda la fuerza de la expresion, y la blusa le sentaba á Blas como un guante.

—Eso se explicará por sí mismo, respondió Roberto, y dentro de un cuarto de hora estarás tan enterado como yo mismo; pero antes nos queda que arreglar algunos detalles. Además, tú tienes mucho talento para interpretar mal tu papel, y me agradaría ver que deponias esa costumbre que tienes de tutearme.

—¡Ah! dijo Blas.

—Medida de prudencia, ¿comprendes? Se te podría escapar delante de cualquiera....

—No os tutearé, Mr. Roberto.

—Perfectamente; ahora tampoco me conviene ese nombre. Cuando uno es noble no se llama simplemente Roberto; es preciso ocupar su posicion en la sociedad. Veamos si entre mis antiguos amigos....

En Londres me llamaba Roberto Wolf.

- ¡Ese es muy áspero! dijo Blas.
 —En Italia Gaetano.
 —Nombre de tenor.
 —En Viena Belowski.

—Es muy feo, ¡qué diablos! Al menos quiero ser criado de un hombre de importancia. Llámate el baron de alguna cosa.

—¡Bah! dijo el Americano; me tomarian por un sub-prefecto del imperio.... ¡Y luego.... están tan usados los títulos!.... Me llamaré simplemente Roberto de Blois. Es un nombre sencillo y tiene alguna relacion con la nobleza histórica. Ya no falta mas que una cosa, amigo Blas, y luego vamos á empezar.

Llenó los vasos y levantó el suyo como si fuera á brindar.

Sus ojos se fijaban á través de los cristales de la vidriera en el puerto de San Nicolás y en los campos del Loira inferior, que se estendian hasta perderlos de vista mas allá del Vilaine. El sol de otoño al llegar á su ocaso tendia por el paisaje una luz rojiza.

Parecia que una súbita reflexion se habia apoderado de Roberto.

—El país es bastante malo para esos pobres diablos, murmuró; pero hay aquí buenas tierras y casas muy lindas. Un hombre juicioso podría vivir aquí tan feliz como el pez en el agua. ¿Quién sabe si alguna de ellas pertenecerá á Mr. de Penhoel? Blas no pudo menos de sonreirse.

—Ignoro completamente lo que vas á hacer, dijo; pero eres el único para entablar un buen embrollo, y tengo alguna esperanza. ¡Ese buen caballero campesino!... ¡me parece verlo!...

—¡Y á mí tambien!

—¡Cincuenta y cinco á sesenta años!

—Muchos mas.

—Frente calva.

—¡Dos rizos de cabellos grises en las sienes!

—¡Anteojos de oro!

—¡Caja para tabaco de idem!

—Leviton oscuro....

—¡Zapatos de oreja!

—¡Una mujer respetable!....

—Que antes de la constitucion tuvo una gran reputacion de belleza.

—¡Seca y ridícula como un retrato de familia!

—Y que le ha hecho padre de ocho ó diez hijos nacidos de cierto en cierto tiempo!

Blas tendió el vaso.

—Por sus cuarenta mil libras de renta, dijo.

Roberto hizo chocar los vasos y bebió con emociion.

Luego se irguió repentinamente, sacudiendo su espesa cabellera negra.

—¡Manos á la obra! exclamó; tendremos algunas buenas noches siempre que nos lo permitan las circunstancias.... A contar desde este momento, Blas, entras á llenar tus funciones.

—Espero vuestras órdenes, señor, dijo el Zala-

méro, á cuyos lábios asomaba un resto de sonrisa escéptica, pero cuya mirada indicaba una singular curiosidad.

—Vas á bajar, replicó al Zalameo con tono de mando y sin aparentar intencion, saldrás á la calle y verás la muestra de la posada.

—Hasta ahora, murmuró Blas, me parece que no es gran cosa lo que hay que hacer.

—De ahora para siempre, respondió Roberto recobrando su acostumbrada familiaridad, es preciso que comprendas que estoy planteando un plan razonable, y que las comisiones que pueda darte tienen todas importancia.... Ríete cuanto quieras, pero ejecuta mis órdenes al pié de la letra, ó no respondo de nada. Vas á leer el nombre de la posada y á averiguarme el del posadero.... Al volver encargarás al dueño que suba á verme..... Vé....

¡ Blas salió.

En cuanto se quedó solo el jóven Mr. de Blois, se puso á pasear por la estancia en todas direcciones.

Su imaginacion trabajaba enérgicamente y palabras incoherentes salian de sus lábios.

Era verdaderamente un caballero bastante notable. La levita, que ocultaba el cuerpo de Blas, dibujaba la gracia de su talle. En las morenas y regulares facciones de su rostro se veia inteligencia y voluntad; pero en aquel momento, en que sabia se hallaba al abrigo de toda mirada, tenian sus ojos

aquella estraña expresion de inquietud que tomaba su fisonomía. En su pupila movible y como temerosa se leía una especie de agitacion.

Aquel hombre debía intentar mucho, pero temblaba al hacerlo.

En sus paseos se detuvo dos ó tres veces delante del lecho donde reposaba su compañera de viaje. La bella Lola continuaba durmiendo, sufriendo los efectos de un terrible cansancio. El de aquella mañana habia sido muy cruel, puesto que Roberto y Blas, ambos jóvenes y fuertes, habian llegado hambrientos y estenuados de fatiga.

Hacia mucho tiempo que la pobre Lola andaba diariamente algunas leguas, y que los guijarros y piedras de los caminos de Bretaña ensangrentaban sus diminutos y encantadores piés.

Cada vez que Roberto se detenía delante del lecho, permanecía tres ó cuatro segundos contemplando la belleza de la jóven. Su mirada parecia contar los negros risos de la lujosa cabellera que se estendia sobre la almohada de Lola. Admiraba con inteligentes ojos el óvalo puro y gracioso de su rostro, la línea de sus cejas y aquel brillo abandonado que el sueño guardaba en su postura.

Pero en la contemplacion de Roberto no habia un átomo de amor. Sus pupilas continuaban frías, indiferentes, y hubiérais dicho que era algun comerciante de esclavos detallando las supremas bellezas de una querida en venta sobre la cubierta de un corsario turco.

Cuando dejaba caer la colgadura vagaba por sus labios una sonrisa de satisfaccion, pero fugitiva.

Despues se reanudaban sus reflexiones, temerosas y agitadas, temblaban sus párpados, agitábase su mirada cautelosa é inquieta.

La puerta se abrió, dando paso al posadero y á Blas.

Al ruido que al entrar hicieron cambió la fisonomía de Roberto repentina y bruscamente como por efecto de un misterioso resorte. Su mirada volvió á ser tranquila y alegre; hubiérase dicho que era uno de esos hombres felices que pasan la vida sin preocupacion y sin disgustos.

El posadero, que se habia detenido cerca de la puerta con la gorra en la mano, debió encontrarle seguramente muy agradable y simpático, porque hizo el mas profundo de sus saludos.

Roberto le hizo sentarse junto al fuego con un saludo afable y gracioso.

—Entrad, amigo mio, dijo.

Blas, que se habia adelantado al posadero, pasó junto á Roberto, deslizándole al oído estas palabras:

—Mr. Geraud.

El Americano le dió las gracias con un movimiento de cabeza.

—Acercaos pues, añadió. Os suplico me dispenséis haberos molestado tan repentinamente; pero tengo que haceros una multitud de preguntas.

Las gentes de la alta Bretaña son tan desconfía-

das como los normandos; es una operacion mas que peligrosa hacerlos pronunciar la primera palabra. En cambio conseguido esto se obtiene de ellas cuanto se desea.

El posadero era ya hombre de alguna edad, recordete y de muy buena apariencia. Sus ojillos pardos tenian esa especie de burla que en los campesinos no es por cierto irreconciliable con la franqueza.

Estaba de pié entre Roberto y Blas. Sin aparentar hacer cosa alguna, su mirada escudriñaba hasta el menor movimiento para hacer algunas averiguaciones. Su gorra, que volvía y revolvia entre las manos, le servia de entretenimiento, y la negra boquilla de la pipa que salia de uno de los bolsillos del chaleco, arrojaba aún alguna que otra nuececilla de humo.

—¡Ah, ah! dijo á manera de respuesta al exordio de Roberto.

Y saludó.

—Multitud de preguntas, repitió el Americano. Apuesto cualquier cosa á que no sospechais que os encontráis delante de un antiguo conocido.

—¡Oh, oh! repuso el buen hombre.

—¿Os admira eso? replicó Roberto, que aumentaba cada vez su condescendiente alegría. ¿No recordais haberme visto alguna vez? Tampoco es la primera que me sucede lo mismo. Blas, muchacho, puedes sentarte. Cuando se viaja es preciso prescindir de la etiqueta. Pero antes acerca una silla

para nuestro huésped. Amigo mio, nada de cumplimientos; aquí hay trecho para los tres.

El posadero y Blas se sentaron.

—¡Cuando os digo que sois un antiguo conocido miol replicó Roberto; porque yo he oido hablar muchas veces de vos.

—¡Eh, eh! hizo el breton.

—Maese Geraud, ¡pardiez! propietario del Carnero Coronado.

—Todo eso lo dice mi muestra, murmuró el posadero.

Blas, que nada tenia que hacer mas que juzgar los ataques y las tentativas, se volvió para reir.

El Americano hizo como que no lo habia visto.

—La posada mejor de Redon, prosiguió, y el hombre mas honrado y complaciente de todo el departamento de Ile-et-Vilaine.

El pasadero medio se sonrió; lisonjeábale mucho el cumplimento, pero su antigua prudencia le aconsejaba la reserva.

—Y no creais que está muy cerca de aquí donde me decian todo eso, maese Geraud, prosiguió Roberto.

No ha sido en Vannes, ni en Nantes, ni aún en Rennes.

—¿Quizá en Saint-Boienne? murmuró el buen hombre.

—Tampoco; mucho mas lejos aún. Maese Geraud, sois conocido hasta en Paris.

¡Paris! el punto mágico que las provincias detentan y adoran.

El dueño del Carnero Coronado levantó sus ojos pardos, en que brillaba un orgullo modesto mezclado de curiosidad.

—¡Ah! ¡ah! dijo; ¡en Paris, en la gran ciudad!... ¿y quién habla de maese Geraud por aquellos sitios?

—¡El diablo! pensó el Zalamero.

Roberto se sonrió de manera que aparentaba una reprobación.

—¡Oh, maese Geraud! maese Geraud! dijo. Mucho sufriría el buen muchacho si os oyera hacer esa pregunta. ¿Teneis amigos en Paris?

—¡No tall! replicó el huésped... á nadie conozco allí.

—Pues ya hemos acabado, pensó Blas.

—Pues bien, prosiguió Roberto; al oírle hablar de vos nunca me hubiera figurado que pudiéseris olvidarle!

—¿Pero á quién?

—¿Con que vais á hacer que diga yo su nombre? articuló con lentitud como si hubiese querido dar lugar al ingrato amigo para que recordase.

No habia en su rostro la menor sombra de turbación. Blas al contrario, que veía próxima á ser descubierta la audaz mentira y silbada la comedia en su primera escena, ocultaba mal su desconcierto.

Mientras que renegaba contra la imprudencia de su compañero, continuaba éste mirando al posadero,

que recorría su memoria con la mejor buena fe del mundo.

—Que me lleve *Gripi* (1)...murmuró el huésped.

Roberto le interrumpió repitiendo:

—¡Ah!...¡maese Geraud!...¡maese Geraud!...

Luego añadió con tono casi severo:

—Vaya; si no habeis recordado su nombre os lo diré yo.... y os avergonzareis de haberle olvidado.

Habia tan profunda sinceridad en el acento de Roberto, que el mismo Blas no sabia qué pensar.

En cuanto al posadero, evocaba sus recuerdos de todo corazón.

—¡Soy un torpe! exclamó repentinamente, dándose en la frente una fuerte palmada.

Únicamente en aquel momento hubiera podido adivinar un observador cuál habia sido la gran ansiedad de Roberto. Respiró con fuerza.... Esto fué obra de un momento y su fisonomía no dió á conocer la menor sorpresa.

—¡Un torpe! decia sin embargo el buen hombre....verdad es que siempre me sucede lo mismo....Sin José Gautier no hubiera tenido mas remedio que pasar muy malos ratos en la rada de Brest....Apostaría á que es José Gautier.

(1) Nombre que en los campos de *Ile-et-Villaine* se da á Satanás.

—¡Pardiez! exclamó Roberto.

Blas experimentaba ese sentimiento de un diletante esperto que escucha un talento de primer orden.

—En fin, maese Geraud, continuó el Americano, mas vale tarde que nunca.... Ese buen José Gautier me ha hablado muchas veces de vos.... Geraud, antiguo marinero!....

—Artillero de marina y luego cocinero por muchos años, rectificó el huésped.

—¿A quién se lo decís? exclamó Roberto.... ha sido una equivocación, porque debéis comprender que sé mejor que vos mismo vuestra propia historia.

—Es indiferente, dijo el posadero; debiera haber recordado al momento á Gautier!.... ¿Y cómo está ahora?

—Perfectamente.... lo mismo que su mujer.

—Su mujer.... ¿pues cuándo se ha casado?

—Hace tres meses.... Blas, mi criado, fué su padrino.

—Sí, dijo el Zalamero.

La fisonomía del posadero expresó alguna desconfianza.

—¡Calla, calla! murmuró; pues en otra época era José Gautier todo un caballero.

—¿Y os sorprende que haya escogido un criado? repuso Roberto.

—¡Oh! ¡oh!.... hizo maese Geraud.... no creíais que he querido ofenderos, señor Blas.

—¡Comprendo!.... pero tal cual lo veis, Blas no es un criado como la mayor parte de los de su clase.... Ha sido educado por mi familia y es casi mi amigo.

Maese Geraud saludó á Blas.

—De una ú otra manera, dijo, no tengo necesidad de hablar mas.... Puesto que venis de parte de mi antiguo amigo Gautier, podeis disponer de mi casa y mi persona. Apretémonos la mano si creéis que no hay ofensa en ello.

Roberto se apresuró á presentar la suya, que fué cordialmente estrechada por el honrado huésped.

—¿Y venis para pasar mucho tiempo en mi casa? preguntó.

—Vengo de Paris, como ya os he dicho, replicó Roberto, y aun de mucho mas lejos.... El objeto de mi viaje es visitar á un caballero de estas cercanías á quien no conozco personalmente, y del que me alegraría tener algunas noticias.

Esta frase, á pesar de su sencillez aparente, era de las que siempre suenan mal á los oídos bretones. En aquel tiempo, como antes y despues habia grandes disidencias políticas en las provincias: además, por donde ha pasado la guerra civil el curioso parece que tiene cara de espía.

Los ojillos de maese Geraud reflexionaron mientras murmuraba su prudente lengua.

—Los detalles que pido, prosiguió el Americano, son ciertamente de poca importancia, porque

30124

ya sé yo que la familia Penhoel es muy rica y respetable.

—¡Oh, oh! dijo el buen hombre con cierto énfasis, ¿se trata de los Penhoel?

—Un encargo que traigo para el vizconde, y que me ha obligado á pasar por Redon en vez de dirigirme directamente á Nantes. ¿Distas de aquí mucho Penhoel?

—Una cosa regular, contestó maese Geraud.

—¿Y el vizconde es tan amable como se dice?

El dueño del Carnero Colonado guardó silencio cortos momentos antes de contestar.

—En cuanto á eso, replicó al fin, Penhoel ha sido siempre la honra del país desde que el mundo es mundo. Pero hay algunos que dicen que el nombre de Penhoel gozaria de mas consideracion si el primogénito no hubiese abandonado el país para ir donde solo Dios sabe.

—¡Ah! dijo el Americano, como si ya estuviese iniciado en una parte de los secretos de una familia cuya existencia le habia revelado por casualidad un pedazo de papel, ¿se habla aún del primogénito?

—Se hablará siempre, replicó el pesadero con lentitud, y con acento de tristeza.

—Y sin embargo, replicó Roberto, ya hace mucho tiempo que ha partido.

—¡Muy cerca de quince años! ¿Pero qué importan el tiempo ni la distancia cuando se deja un buen recuerdo en el fondo de todos los corazones?

Roberto cruzó las manos sobre las rodillas é inclinó la cabeza con aire enternecido.

—¡Pobre amigol murmuró.

El honrado Geraud, que se habia inclinado pensativo, se irguió vivamente, dirigiendo á Roberto una mirada de asombro.

Su sorpresa no era mayor que la de Blas, que presenciaba aquella escena con la curiosidad de un amante de la escuela dramática saboreando las peripecias inesperadas de una primera representacion. Conocia la intencion de Roberto y desde la llegada del huésped iba adivinando poco á poco el camino que su compañero queria seguir; pero como fuese incapaz de hacerlo sin caer en aquella senda difícil y peligrosa, sentia á cada momento mayor admiracion.

Roberto crecia á sus ojos, adquiriendo para él desde hacia algunos minutos proporciones gigantescas.

Esperaba, disimulando lo mejor que le era posible, su sorpresa y conservando la aparente indiferencia que á su carácter de criado convenia.

—Las palabras que acabais de pronunciar, maese Geraud, son muy buenas, prosiguió Roberto; no puedo expresaros la satisfaccion que producen en mi alma. ¡Ah, si el pobre Penhoel pudiera oírlas!

La fisonomía del huésped expresaba cada vez mas emocion.

—¿De qué Penhoel hablais, caballero? murmuró con voz trémula.

—Del que en estos momentos está muy lejos de Bretaña.

—¿Del primogénito? replicó maese Geraud, cuya voz temblaba cada vez mas; ¡de Mr. Luis!... ¿No ha muerto?

El Americano se sonrió.

—Que yo sepa no, dijo.

—¿Lo conocéis?

—Mi digno maese Geraud, replicó Roberto guiñando un ojo, ¿á qué vienen esas preguntas? ¿No habéis adivinado ya que voy al castillo de parte de mi querido amigo Luis de Penhoel?

Blas se puso á atizar el fuego que ardía en la chimenea para disimular su entusiasmo.

Una lágrima surcó la mejilla de maese Geraud.

III.

EL AUSENTE.

Mr. Roberto de Blois, conocido con el nombre del *Americano*, era uno de esos hijos de la casualidad que no se sabe dónde nacen, y que tampoco poseen nada en la tierra. ¿Era de origen francés ó extranjero? Nadie hubiera podido decirlo. Su acento era el de los parisienses; pero Paris por grande que sea no puede aceptar la paternidad de los innumerables aventureros que se llaman sus hijos. Acuden allí de todos puntos atraídos por un